

## ¿Cómo gobernar?

Como hemos visto, en el marco discursivo del problema imperial, las descripciones de la gente provocaban la pregunta de cómo gobernarla. Por tanto, las descripciones textuales y fotográficas, las representaciones de Puerto Rico y su gente en los libros populares, no eran meros caprichos, fábulas o interpretaciones fantasiosas. Ciertamente, hay errores, malentendidos y tergiversaciones. No obstante, estas representaciones –articuladas como narrativas– proveyeron un marco básico para la conceptualización y justificación del dominio político de la Isla y de las formas de gobierno establecidas por el Congreso de los Estados Unidos en Puerto Rico. *Our Islands* se publicó después de la ley orgánica (Foraker) que estableció el gobierno civil, y por tanto, no pudo haber influenciado dicha determinación política. No obstante, dicho libro exhibe la lógica de los administradores imperiales y los informes oficiales, que sí tuvieron un impacto sobre el establecimiento del gobierno civil.<sup>101</sup> Así, la importancia del libro reside en su capacidad de resumir, en un formato atractivo para el consumo popular, el discurso colonial de la época.

Cuando se compara a Puerto Rico con los demás lugares del archipiélago imperial –Cuba, Hawai’i, Filipinas– podemos observar cierta correspondencia entre las representaciones y las formas de gobierno respectivas.<sup>102</sup> La narrativa principal de Hawai’i enfatizaba tanto su americanización mediante la inmigración de estadounidenses, como la transición en el siglo XIX, de una monarquía nativa a una república constitucional bajo el control de la elite estadounidense. Según este relato, la mujer nativa –bella, sensual y deseable– se encontraba bajo la influencia misionera. Estas representaciones validaban los reclamos de los anexionistas locales y congresionales, y legitimaban el establecimiento de un gobierno territorial según el modelo continental.

La narrativa principal de Cuba era el cuento de sujetos masculinos y sus leales mujeres, quienes luchaban fuertemente por la independencia nacional. Su compromiso y valor cualificaba al pueblo, o por lo menos a la elite, para el autogobierno. No obstante, los serios problemas –pobreza, educación pública inadecuada, mezcla racial, incapacidad de defenderse de la agresión extranjera– requerían la vigilancia, protección e intervención (cuando fuese necesario) de los Estados Unidos. Así, Cuba, formalmente independiente a partir de 1902, se convirtió en un protectorado de los Estados Unidos.

Entre estos dos extremos –un gobierno territorial incorporado y un protectorado formalmente independiente– Filipinas y Puerto Rico ocupaban un posición intermedia. Las representaciones de Filipinas eran de una colección, un agregado, de diversas tribus con docenas de idiomas diferentes, varias religiones (católica, musulmana y animista) y niveles extremos de civilización (desde los salvajes desnudos hasta los educados en Europa). Según este relato, no existía cohesión nacional, ni una elite capaz de gobernar al país completo. Además, la asimilación

cultural, entiéndase americanización, era absolutamente imposible. La consecuencia de esta interpretación fue un gobierno centralizado en manos de administradores estadounidenses, junto a distintos gobiernos provinciales y municipales según la religión de los habitantes y su capacidad local de gobierno propio. A pesar de que el congreso estadounidense estableció un gobierno civil en las Filipinas, no se incorporó formalmente a este territorio ni políticamente, judicialmente o económicamente.

En cambio, las narrativas principales de Puerto Rico –representado por mujeres y niños– enfatizaban la debilidad, necesidad y dependencia de un pueblo que había sufrido bajo el dominio español, pero carecía de la voluntad y el liderazgo para cambiar su situación. Aún así, exhibían bastante simpatía y cierta afinidad con los puertorriqueños; les parecían capaces y dispuestos a aprender el estilo estadounidense en cuanto a gobierno, economía y cultura, necesitaban tutores en las artes de gobierno.<sup>103</sup> Así, el Congreso estadounidense estableció un gobierno centralizado en las manos de administradores imperiales: un Gobernador nombrado por el Presidente estadounidense y un Comité Ejecutivo nombrado por el Gobernador que simultáneamente era la cámara alta en la Legislatura. Para promover la participación limitada de los puertorriqueños, la Legislatura incluía una Cámara de Representantes electos. La ley también proveyó para una considerable integración judicial (la Corte Federal) y económica (libre cambio y moneda estadounidense), a pesar de que Puerto Rico era formalmente un territorio “no incorporado”.<sup>104</sup>

Para apreciar mejor la conexión entre las representaciones y el establecimiento de un gobierno civil para Puerto Rico, citaré al famoso imperialista, el senador Albert Beveridge, quien elaboró la imagen femenina de Puerto Rico en su ponencia a favor del proyecto de ley para establecer un gobierno civil en Puerto Rico. En su narrativa, los Estados Unidos desempeña el papel de Booz y Puerto Rico el papel de Rut en el libro bíblico del mismo nombre:

Esta isla hermosa y repleta de riquezas naturales llegó hasta nuestras manos de la misma forma que una novia se lanza a los brazos de su amado. ... Puerto Rico pasó a nuestras manos como si fuese Rut diciéndonos: “No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios”. Así nos llega esta pequeña tierra suplicándonos, al igual que Rut, que se le permita espigar el campo detrás de los segadores. Está hambrienta; y la alimentaremos. Quiere la libertad necesaria para vivir; y liberaremos su industria. Está golpeada, herida y débil; y aliviaremos sus golpes y sanaremos sus heridas y la ayudaremos a vencer sus debilidades.<sup>105</sup>

Según el senador, la Rut puertorriqueña buscaba la oportunidad de trabajar y ganarse la vida, pero no la libertad política. La Rut puertorriqueña era pobre, estaba hambrienta y adolorida; parece

una mujer abusada por su compañero anterior (léase el “español”). Necesitaba rescate, necesitaba trabajo. Más que los derechos políticos necesitaba la agricultura, la industria y el comercio bajo la tutela de los Estados Unidos. Esta imagen de debilidad femenina evocaba la simpatía y no el repudio, el amor y no el odio. La novia podría ser parte del pueblo del galán; era su devenir, pero no su condición actual.

Mediante una metáfora diferente, el representante Sereno Payne expresó un mensaje muy similar. En su ponencia a favor del mismo proyecto de ley, comparó a los puertorriqueños con los niños: “Hay que llevarlos a todos por las riendas hasta que alcancen la altura de la hombría americana, y entonces los coronaremos con la gloria de la ciudadanía americana”.<sup>106</sup> En esta ponencia, el representante usaba la metáfora de la niñez para argumentar que el pueblo de Puerto Rico no estaba apto todavía para el gobierno propio –no había logrado su adultez masculina– a pesar de que, bajo la tutela política y con la expansión de la educación, algún día podría merecer la ciudadanía. Otra vez, la ponencia expresaba simpatía por el pueblo de Puerto Rico, pero junto a una evaluación negativa en cuanto a su capacidad política. El poder de estas metáforas se manifiesta en la capacidad de evocar simpatía sin caer en el desprecio absoluto, en la habilidad de señalar las limitaciones políticas a la vez que proyecta un futuro optimista. La elaboración y circulación de imágenes como éstas preparó el camino y articuló la justificación de la integración económica y judicial de Puerto Rico a los Estados Unidos, mientras que excluyó al país de la plena integración política y lo descalificó para la independencia política.

## Conclusión

La clave semiológica para comprender el libro *Our Islands and Their People* es el contraste entre la civilización y lo primitivo. Este código semiótico básico se expresa de varias maneras y cada término marca un campo abierto de múltiples significaciones, tensiones y contradicciones. A base de este código se construyeron tres relaciones fundamentales, dos negativas y una positiva. Primero, el libro establece una relación negativa entre los españoles y puertorriqueños. El mismo presenta a los españoles como una clase aristocrática, afeminada e improductiva, como gobernantes ineficientes y corruptos, como militares vanidosos y cobardes. Pinta a Puerto Rico como un paraíso dominado pero no civilizado; los puertorriqueños eran pobres a pesar de las grandes riquezas del paraíso, gente sin educación a pesar de sus aptitudes, era gente sin cultura a pesar de su hospitalidad. La pobreza humana en medio de las riquezas naturales es la gran ironía narrada por el libro. Este mal uso del paraíso y este abuso de su gente por parte de los españoles justificó la intervención de los estadounidenses anglosajones y estableció la segunda relación negativa, la rivalidad y la guerra entre la civilización española y la estadounidense. La dominación del paraíso por parte de los españoles contrasta con las grandes posibilidades futuras bajo la dirección de los